

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

DE GAULLE EN MONTREAL

Cuando el presidente De Gaulle hizo acto de presencia en la capital de Quebec, y contagiado por la francofonía de una muchedumbre enfervorizada pronunciaba la tan citada expresión de «¡Viva Quebec libre!», tanto la prensa francesa, cuanto la ánglica, así como la norteamericana, no vacilaron en atribuir esa exclamación al proceso esclerótico que aseveran padece el presidente francés, pronóstico cuya formulación no exige un gran esfuerzo mental por parte de quienes lo emiten, y que reputamos de notoriamente injusto. No menos discutible, en lo que concierne a su oportunidad, estimamos, por parte de los objetantes, ciertas citas históricas que nos parecen, en principio, inadecuadas, entre otras las siguientes: ¿Qué diría De Gaulle si un canciller alemán aludiese en Estrasburgo a la germanidad de Alsacia?

La verdad es que el problema canadiense, tanto en su significación interna, cuanto en sus repercusiones internacionales, es demasiado complejo para reducirlo artificialmente a los que puedan dar de sí la mención de algunos lugares comunes. Al análisis del hoy reactualizado problema canadiense hemos dedicado insistente atención en pasadas coyunturas, y entonces nos fuera dado comprobar hasta qué extremo, y en lo que a la cuestión canadiense atañe, hacen acto de presencia factores de cohesión e inclinaciones, si no dispersivas, cuando menos disconformes. A esa conclusión llegábamos al publicar un trabajo titulado «La experiencia canadiense», a lo largo de cuyas páginas se analizaba, con el claro propósito de ser objetivos, lo que representaba la existencia de un dominio británico colindando al sur primero, y, recientemente también, con tierras estadounidenses del Norte. (Véase: CAMILO BARCIA TRELLES, *Estudios de Derecho de Gentes y Política Internacional*, pp. 338 a 383, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Francisco de Vitoria, Madrid, 1948. 585 pp.)

Las apreciaciones por nosotros formuladas hace diecinueve años evidenciaban constituir claro testimonio de nuestra admiración respecto de la precitada experiencia canadiense, inclinación dialéctica que hoy mantenemos con toda su plenitud.

El Canadá, en cuanto experiencia aleccionadora, es portador de evidentes signos de perceptible singularidad, ya que, en lo que atañe al precitado dominio británico, se aprecia la concurrencia de elementos a veces heterogéneos, en ocasiones de no fácil acoplamiento, pero que, en definitiva, contribuyen a dotar de atrayente singularidad al mencionado problema y a requerir, por parte de quien lo encara, una apelación evidente y necesaria al sentido del equilibrio exegético. De esas mencionadas notas, que proveen de singularidad al problema

canadiense, quisiéramos enumerar seguidamente aquellas que estimamos a la vez como más relevantes y más atractivas.

Canadá, geográficamente considerado, es una nación soberana, que pertenece al hemisferio occidental. Políticamente, y en lo que hace relación a su significación internacional, pertenece a una superestructura (la Comunidad de Naciones Británicas), de la cual no forma parte ninguna otra nación de tierra firme perteneciente al continente americano. El contraste que nos brinda la significación política y geográfica del Canadá explica lo que a primera vista resultaría ser difícilmente descifrable. De un lado, el Canadá no forma parte de la «Organización de los Estados Americanos», y, de otro, es signatario de un Tratado (el Pacto del Atlántico) del cual son firmantes una abultada mayoría de Estados europeos y sólo dos naciones americanas—Canadá y los Estados Unidos de Norteamérica—se cuentan entre sus miembros. Se da, al propio tiempo, la circunstancia de que, abstracción hecha de los Estados Unidos, es la única nación del hemisferio occidental miembro de dicho convenio, pese a que a dicho Pacto se le asigna como radio de acción espacial las tierras americanas situadas al norte del Trópico de Cáncer, entre las cuales se encuentran parte de las que pertenecen a la República mejicana, pese a lo cual la nación azteca no es signataria del referido convenio, lo cual contrasta con el hecho de que un tratado aplicable al Atlántico Norte cuenta, entre sus firmantes, naciones mediterráneas, como es el caso de Italia, Grecia y Turquía.

Pese a las varias características anteriormente citadas y referidas al problema canadiense, dos merecen especial mención: una, de carácter político, de índole geográfica, la otra, ya que ambas, conjuntamente consideradas, proveen de fisonomía específica al problema canadiense. Geográficamente, al norte y al sur no cuenta más que con un colindante: los Estados Unidos de Norteamérica, ofreciéndose la curiosa y aleccionadora circunstancia de que midiendo la frontera estadounidense-canadiense, cerca de cinco mil kilómetros lineales, a un lado y al otro de esa inmensa frontera, no existe más factor de recíproca seguridad que la amistad y la buena voluntad que liga a canadienses y norteamericanos. Esa circunstancia explica adecuadamente el por qué los Estados Unidos reputarían una agresión de origen extraamericano contra el Canadá, como alcanzada por los efectos de ese ejemplo de sinuosidad internacional que se denomina la Doctrina de Monroe. Así se colige de las palabras pronunciadas por el entonces presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, el 18 de enero de 1938 en Kingston: «Yo os aseguro—afirmaba entonces Roosevelt—que el pueblo de los Estados Unidos no permanecerá cruzado de brazos si el territorio del Canadá corre un día el riesgo de ser violado por otro imperio.» De la inequívoca significación de la citada promesa se deduce que el Canadá contaba, caso de emergencia, con dos clases de garantías: una, contigua e inmediata, la norteamericana; otra, lejana y acaso diferible, la inglesa. De la conexión, sobre todo estratégica y económica, del Canadá respecto de los Estados Unidos, se nos brinda el siguiente y significativo ejemplo: existe una fecha que registra dos hechos, ambos trascendentes: 1.º El 30 de marzo de 1867, por la suma de 7.700.000 dólares, adquieren los Estados Unidos, por compra a Rusia, lo que fuera primero territorio de Alaska y después el 50 miembro de la Unión norteamericana. 2.º Existía el Canadá histórico, integrado por Quebec y Ontario, y así como en Norteamérica los denominados «trece Estados originarios» suman actualmente medio centenar, Canadá, como otrora Norteamérica, proyecta su mirada, pluralmente, hacia el Pacífico y el Atlántico. Por ello, en el escudo de armas canadiense puede leerse «Desde el mar al mar» (*A mari usque mare*), y así como los Estados Unidos, a impulsos de lo que se denominaba, con apelativo específico, *destino manifiesto*, concentraron sus esfuerzos para construirse a escala continental, Canadá recorrió parecida trayectoria, y hoy es, de todos los

países del mundo, el segundo en extensión, y constituye por su perímetro un auténtico continente, que actualmente atraviesa por un período de engrandecimiento impresionante, por lo acelerado y continuo. Piénsese que de Halifax, en el Atlántico, hasta Vancouver, en el Pacífico, hay más distancia que la existente entre París y Quebec.

Se ofrece un perceptible paralelismo cuando se parangonan las trayectorias políticas del Canadá y de los Estados Unidos; ambas naciones optaron por implantar el sistema federal. En 1867, el mismo año en cuyo decurso, como ya hicimos notar, adquirieran los Estados Unidos el entonces territorio de Alaska se vota en el Canadá la denominada «British North America Act». Ello constituye punto de partida para que veinte años después, con ocasión de celebrarse las fiestas del jubileo de la reina Victoria, se reunieran en Londres representantes del extenso y diversificado Segundo Imperio Británico; eran los años áureos del «espléndido aislamiento» y nada podía servir mejor los designios imperiales ánglicos que la fundación, propugnada y sugerida desde Londres, de una Federación Imperial Autoritaria, ambición malograda, ya que los representantes de los territorios que integraban el entonces Segundo Imperio Británico consideraron que la cooperación entre la metrópoli y sus prolongaciones ultramarinas—especialmente aquellas que ofrecían signos de evidente madurez política—sólo podía admitirse practicándola en un auténtico y propugnado pie de igualdad. Fruto lejano de aquella tesis se nos ofrece cuando en 1926 asistimos a la aparición del Tercer Imperio Británico, es decir, al alumbramiento de la «British Commonwealth of Nations», caracterizada por un humorista canadiense en los siguientes y agudos términos: «El Imperio Británico es como una jirafa, de la cual sólo se ven las manchas (los dominios), pero la jirafa no existe.»

Tornando a lo que significa el primero de los citados acontecimientos (la incorporación del territorio de Alaska a los Estados Unidos, se explica adecuadamente que a los gobernantes de Washington se les presentase un problema, no irrelevante ni indefinidamente aplazable: medio de establecer comunicación terrestre adecuada entre los Estados norteamericanos del Pacífico y el entonces territorio de Alaska, finalidad sólo asequible utilizando territorio canadiense; ahora bien, los proyectos de conexión referidos no encontraban en Ottawa decidido apoyo, entre otras razones porque los dispendios requeridos por esa conjunción parecían enormes para el Canadá. Pero al verse complicados los Estados Unidos en la guerra del Pacífico, a partir de diciembre de 1941 el problema registró una alteración en sus esencias, especialmente cuando se comprobaba la presencia de fuerzas niponas de desembarco en las islas Aleutianas, ocupando de las mismas las de Attu y Kiska. Ello explica que en marzo de 1942 Estados Unidos y Canadá signen un acuerdo, a virtud de cuyos términos se decidió la construcción urgente de la carretera llamada a conectar los Estados Unidos con lo que entonces era todavía territorio de Alaska, a través del Canadá. Dicha ruta, de una extensión de 3.200 kilómetros, fue construida en el término record de nueve meses. Arranca del puerto de Seattle y sigue a Vancouver, en la Colombia británica; después utiliza el trazado de la carretera transcanadiense hasta Calgary. Esta carretera es la más prolongada de cuantas existen en el mundo, ya que mide 4.244 millas lineales, y no estará de más consignar que dicho medio de comunicación fuera construido en la dirección Este-Oeste, partiendo de Nueva Escocia y llegando a la Colombia británica, de lo cual parece deducirse que el Canadá, como antes los Estados Unidos, se orienta progresivamente hacia el Oeste, y esa vinculación con el océano Pacífico, cuanto más se acentúa, tanto más parece alejar al Canadá de Europa, ya que la proyección económica de los Estados Unidos respecto del Canadá, donde más se acentúa es

en la Colombia británica, Alberta, Saskatchewan y Manitoba, como intentaremos demostrar más adelante.

La citada ruta de Alaska continúa rumbo al Norte hasta Edomoton, pasando luego por Fuerte St. John, Fuerte Nelson, Wason, Lake, Whirehorse, Skagwai y Fairbanks. Se ha dicho que de cada veinte reacciones polémicas del Canadá y de los Estados Unidos, en lo que atañe a los problemas internacionales, diecinueve terminan en coincidencia. Esto es tan evidente que, normalmente, la inclinación acorde de Washington y Ottawa, en ocasiones, se antepone a la del Canadá e Inglaterra. Un lejano y aleccionador ejemplo nos lo depara la desaparición de la alianza anglo-japonesa que concertada y renovada últimamente en 1911, debía ser nuevamente prorrogada en 1921, problema abordado en la conferencia imperial de Londres del precitado año, donde se registra el eco de la proyección americana. En efecto, se decía en Washington que habiendo sido concertada la alianza anglo-japonesa para contener y neutralizar la proyección alemana y rusa en Extremo Oriente, y habiendo sido anulada virtualmente la influencia de las dos citadas naciones, la prórroga de la mencionada alianza en 1921 implicaría oposición a la política internacional norteamericana con respecto del mundo amarillo, y especialmente el denominado monroísmo asiático o sistema de la «puerta abierta», en beneficio de lo que habría de ser tesis nipona de la «Gran Asia Oriental». Canadá hace suya la tesis norteamericana y logra imponer su criterio, no siendo objeto de prórroga la citada alianza. Sobre lo que implica este problema de la conciliación o incompatibilidad de las referidas alianzas escribía adecuadamente Brevner: «No es sorprendente que el interés político canadiense haya aparecido identificado con el de los Estados Unidos: uno y otro brotan de la misma fuente, a saber, *el norteamericanismo*, cuyas raíces se hunden en el subsuelo de ambas naciones.» Fruto de ese *norteamericanismo*, citado por Brevner, en cuanto hecho diferencial respecto de las repúblicas hispanoamericanas, situadas al sur del Río Grande, nos lo ofrece la inclusión del Canadá en el Pacto del Atlántico. Sin embargo, no se crea que la apuntada coincidencia carece de factores de excepción. Baste referirnos a lo acontecido respecto de lo que fuera Sociedad de las Naciones. De la misma aparecerían como signatarios los Estados Unidos y el Canadá, pero así como los primeros proclamaron su secesión respecto del *Covenant*, Canadá permaneció fiel al Pacto, como Estado ratificante del mismo, ofreciendo su conducta un acusado contraste con la actitud de los Estados Unidos, que a la sazón anteponian la singularidad de su política internacional, es decir, el aislacionismo, a lo que, andando el tiempo, había de transformarse en el actual mundialismo, inclinación ecuménica que contrasta con la retracción de los Estados Unidos respecto de Europa que inspirara virtualmente su política internacional a lo largo de cerca de dos siglos, es decir, desde la aparición del «Manifiesto de Adiós», de Jorge Washington, de 17 de septiembre de 1796, hasta la entrada en vigor del Pacto del Atlántico, el 24 de agosto de 1949. (Respecto a lo que significa esa obsesión aislacionista norteamericana puede consultarse: CAMILO BARCIA TRELLES, *Origen, evolución y destino del aislacionismo norteamericano*, en «Estudios de Política Internacional y Derecho de Gentes». Madrid, 1948, páginas 179 a 255.)

Como el lector puede fácilmente colegir, son múltiples los factores de complejidad que concurren en lo que denominaremos experiencia canadiense, y esa característica induce al observador a extremar su prudencia y a no atribuir al histórico discurso pronunciado por De Gaulle desde el balcón del Ayuntamiento de Montreal otra significación que la que pueda y deba serle atribuida inspirado quien ofrezca una exégesis en una deseable honestidad dialéctica. Nos referimos al denso ambiente emocional que imperara en Montreal cuando una muchedumbre enfervorizada gritaba en un inequívoco, y en este caso simbólico,

francés: «*On veut De Gaulle.*» El presidente francés, contagiado por aquel entusiasmo popular, y dando de lado a lo convenido protocolariamente de antemano, requiere un micrófono y afirma: «Esta tarde, aquí, a lo largo de un recorrido, me encontraba ante una atmósfera similar a la de liberación.» No fueron precisamente las anteriores palabras—pese a su trascendencia—las que provocaran reacción de escándalo entre los detractores del general De Gaulle, sino el *Viva el Quebec libre* proferido por el presidente francés. Entre ambas expresiones media una diferencia si tenemos presente que el orador pensaba no sólo en el problema específico de Quebec, sino en el que atañe a la inmensidad canadiense. De ello nos brinda De Gaulle adecuado testimonio en el discurso que pronunciara en un banquete ofrecido por Daniel M. Johnson, primer ministro de Quebec, en el hotel Château-Frontenac el 24 de julio próximo pasado. Finalizaba su discurso De Gaulle diciendo: Lo que los franceses de Quebec, una vez dueños de sus destinos, tendrán que hacer, para organizar la conjunción de los otros canadienses, los medios de salvaguardar su independencia y sus esencias, en contraste con el Estado colosal que es su vecino, son méritos, progresos y esperanzas que pueden, en último término, servir de estímulo a todos los hombres. A lo largo de las palabras citadas no existe nada que pueda asemejarse a las miras separatistas que los detractores del presidente francés le atribuyen. Ello, por dos razones: en primer término, si bien es innegable que la provincia de Quebec es preponderantemente francófona, no es menos evidente, de un lado, que en Quebec existe una no desdeñable minoría anglófona, y, de otro, que diseminados a lo largo y a lo ancho del Canadá existe lo que denominaríamos islotes lingüísticos de raigambre francesa. Así, de Este a Oeste, baste referirse a Nueva Escocia, a Ontario (especialmente a Winnipeg); a Calgary y Edmonton, en Alberta, y a Vancouver, en la Colombia británica. Estos islotes idiomáticos, rodeados de océanos anglófonos, constituyen precisamente la gran preocupación vivida por los canadienses de ascendencia francesa, ya que abrigan el temor de que tales minorías lingüísticas, a más corto o más dilatado plazo, terminen por ser absorbidos por la mayoría anglófona. En segundo lugar, Lester Pearson, primer ministro canadiense, ha requerido a «todos los canadienses a trabajar conjuntamente en la construcción de un país libre y unido», afirmación que algunos exégetas interpretan como una alusión a las indicaciones del general De Gaulle, referidas a todos los canadienses y encaminadas a «salvaguardar sus esencias y su independencia, en contraste con el Estado colosal que es su vecino». Las precedentes apreciaciones han de ser valoradas, más que en su significación específica, en lo que hace relación a una idea fija, de la cual es portador el general De Gaulle. Así, en su alocución televisada pronunciada el 10 de agosto, decía el presidente francés: «Al tiempo que Norteamérica y la Unión Soviética, colosales por sus dimensiones, su población, su riqueza, sus fuerzas nucleares, se encuentran en todas partes en situación de rivalidad permanente, cada una de ellas ha constituido, naturalmente en su torno, un bloque de Estados que les están directamente conectados, sobre los cuales ejercen su hegemonía y a los cuales prometen su protección. En consecuencia de lo cual, dichos Estados conforman, más o menos voluntariamente, su política a la de su gran aliado, y acogidos a su defensa, le confían su destino. Retirándose de la OTAN, Francia, por su parte, se ha liberado de una tal sujeción. Así no se encontrará eventualmente comprometida en querella alguna que no sea la suya.»

Las precitadas consideraciones, a cargo del general De Gaulle, tienen evidente conexión con un problema al cual se aludiera con perceptible reiteración: la aparición en el hemisferio occidental y al norte del Río Grande de un movimiento agregador, bautizado con la denominación de norteamericanismo. Recuérdese al propio tiempo que el presidente francés hiciera mención precisa de la preponderancia económica, vinculada a la acción de los Estados Unidos respecto

del Canadá, y que De Gaulle consideraba como posible antesala de una especie de neocolonialismo económicamente específico. Debe ser tenido muy en cuenta la anterior apreciación si queremos situar en términos lógicos cuál es la significación que debe asignarse a la mención que hiciera el general De Gaulle de la libertad política que él desea para Quebec. A este propósito no estaría de más tener en cuenta que el riesgo que se cierne sobre un Estado respecto a su posible e hipotética absorción por parte de otro más poderoso, está en relación directa con las pruebas de cohesión o de dispersión que se abran paso en la nación amenazada, y si De Gaulle, como es presumible, no desea, en modo alguno, ver reforzada la omnipotencia, hoy monopolar, de los Estados Unidos, debe propugnar la tesis de la cohesión canadiense, irrealizable si un día se registrase el desglose de Quebec respecto de la Federación Canadiense, supuesto que no entra dentro de nuestras previsiones. Aparte lo referido, esa supuesta secesión de Montreal actuaría de elemento acuciante respecto de algunos Estados canadienses anglófonos, que se verían inclinados del lado de Norteamérica, como podría ser verosimilmente el caso de la Colombia británica, que ya hoy se considera como potencialmente independiente; por lo cual, se afirma en Vancouver, que si un día la Federación Canadiense se resquebrajase, Colombia británica se transformaría en el Estado número 51 de la Unión norteamericana.

La citada referencia degaullista a la preponderancia económica que ejercen los Estados Unidos sobre el Canadá no es irrelevante, aseveración que asentamos sobre consideraciones que exponemos seguidamente.

Canadá puede considerarse como incluido preferentemente en la órbita económica norteamericana, e incluso su régimen de vida se asemeja más al de los Estados Unidos que a ningún otro, especialmente en los Estados del Oeste y del centro, mineros, ganaderos y trigueros; así acontece con la Colombia británica, Alberta, Saskatchewan y Manitoba, donde existen minorías no desdeñables de alemanes, ucranianos, polacos, holandeses e italianos, ninguna de las cuales percibe los efectos de la influencia francesa y no se ven alcanzados por el eco del hecho diferencial francófono, pueden considerarse, potencialmente como canadienses cien por cien, y en tal sentido se nos aparecen con más acentuadas inclinaciones anglófonas, incluso en los descendientes de los emigrantes británicos.

Si, como se ha dicho insistentemente, la creciente penetración económica en un país por parte de un poderoso Estado industrial puede convertirse en el prólogo de una implicación política, resulta evidente que los Estados Unidos han tenido participación activa preponderante en el impresionante crecimiento económico del Canadá, con intervención en el montaje y explotación de las industrias básicas canadienses, como es el caso de los yacimientos petrolíferos de Athabasca (Alberta), uno de los más importantes del mundo, y en Thompson (Manitoba), donde se encuentra el más grande yacimiento de níquel del mundo, con la particularidad de que el citado mineral es transformado a pie de mina.

La participación norteamericana en esos florecientes y cada día más prometedores yacimientos mineros canadienses oscila entre el 50 y el 80 por 100. En cuanto dato ilustrativo y complementario, téngase en cuenta que es el Canadá el primer cliente comercial de los Estados Unidos, y que Norteamérica ocupa un lugar, carente de plural, en cuanto importador de productos canadienses. Si se parangonan esos datos con la significativa realidad de que el comercio del Canadá con Francia supone el 1 por 100 de los intercambios canadienses, dispondremos de un adecuado elemento de juicio para orientarnos respecto a lo que significan las relaciones comerciales franco-canadienses.

El Canadá nos brinda otra característica que no sería adecuado desdeñar, a saber, su condición de país bilingüe. Esa pluralidad idiomática constituye, referida al Canadá, signo evidente de la existencia de un hecho diferencial

respecto a su poderoso vecino del sur. En los Estados Unidos se vino practicando, de modo aún más inexorable que sistemático, el sistema del llamado *melting pot*, atribuyendo al idioma ánglico calidad imperial y, por ende, alcance genérico, para así absorber, inconteniblemente, a los varios millones de emigrantes procedentes de distintos países europeos. Lo propio puede decirse en cuanto a lo que significa el inglés, como excipiente idiomático, en lo que atañe a los Estados de la Unión, originariamente hispánicos. En contraste, en el Canadá no se nos ofrece la réplica del *melting pot* norteamericano, sino la realidad singular de dos sectores de población, acentuadamente desiguales en el orden numérico, donde se habla, con evidente mayoría, el inglés, y en más reducida proporción, el francés. Precisamente la minoría canadiense francófona, por serlo, está dispuesta a no dejarse absorber por la mayoría anglo parlante. Ello plantea el problema concerniente a la posibilidad de establecer un deseable equilibrio entre la mayoría, anglófona, y la minoría, francófona, sin correr el riesgo de que la primera logre desplazar a la segunda. Téngase en cuenta, de un lado, que los canadienses de ascendencia francesa, tan aferrados a sus tradiciones, han de dirigir explícitamente sus esfuerzos a no enajenar ese elemento de singularidad. Nótese, al propio tiempo, que interesa a los canadienses anglófonos mantener el bilingüismo, porque de ese modo robustecen un hecho diferencial, que provee al dominio de singularidad respecto de los Estados Unidos, y ello permite, al propio tiempo, atenerse al *slogan* canadiense de «Unión dentro de la diversidad», mención de tipo armónico que, en principio, no deben desdeñar ni los anglófonos ni los francófonos.

El presidente De Gaulle, cuando se sintió tan hondamente contagiado por el ambiente francófono, que estalló con notorio estrépito en su torno, ¿tenía presente la necesidad de otorgar beligerancia a la complejidad de la experiencia canadiense? Respecto a lo que significa la anterior interrogante pueden brindarnos adecuada respuesta Lester Pearson, primer ministro canadiense, y Daniel Johnson, primer ministro de Quebec. Lester Pearson brinda sugerencias dictadas por un evidente y laudable sentido de comprensión y equilibrio. Ante todo hace notar que el Gobierno Federal carece de control respecto de la enseñanza, atribución de competencia íntimamente ligada al problema idiomático. En cuanto a la conferencia de las provincias canadienses convocada para noviembre próximo, debe hacer frente a un problema complejo: determinar si al cabo de un siglo, a contar de la promulgación de la «British North American Act», ese transcurso centenario del tiempo ha determinado o no la aparición de un achaque de anacronismo en lo que atañe a la carta fundamental citada. En la convocada conferencia no participará el Gobierno de Ottawa y, por tanto, no parece probable que se intente introducir disposiciones de índole constitucional; trátase más bien de un examen de conciencia con vista a futuros contactos inspirados en algo laudable e insustituible a la vez: la armonía dentro de la pluralidad.

Para Pearson, la mal llamada solución separatista debe considerarse a la vez como inútil e imposible. Considera el premier canadiense que con el sucederse del tiempo se acentuará la solidaridad, el espíritu de asociación y el principio de igualdad entre los canadienses (hoy se cuentan en el Gabinete de Ottawa nueve ministros originarios del sector franco-canadiense). Cuanto más se afianza esa inclinación de armónica solidaridad será más dable evitar que seis millones de canadienses francófonos sean absorbidos por una aplastante mayoría de norteamericanos-canadienses, que rebasan los 200 millones. Por lo cual los quebecianos tienen algo que proteger: su cultura y su idioma respecto de las influencias norteamericanas, que a veces no se diferencian de las específicamente canadienses.

En lo que atañe a Daniel Johnson, primer ministro de Quebec, éste considera que la presencia de De Gaulle en Montreal ha constituido un poderoso estímulo para los canadienses que ansían salvaguardar, al propio tiempo, su idioma y su ancestral cultura francesa. De Gaulle actuó en calidad de catalizador y reactualizó lo que algunos fingían ignorar, a saber, la siguiente y dilemática palabra de orden: igualdad o independencia; de ahí la necesidad de una constitución que reconozca a Quebec los poderes necesarios para su desenvolvimiento, sin excluir, naturalmente, las prerrogativas asignables al poder federal de Ottawa.

Alude Johnson a las inclinaciones secesionistas, palpitantes en el Quebec, pero hace notar que la inclinación separatista sólo afecta a un 10 por 100 de la población. Los propios anglófonos piensan que si Quebec optase por la secesión, ello equivaldría a la disolución de la «Commonwealth» canadiense, y en ese caso la influencia norteamericana se extendería hasta el Polo Norte. Considera Johnson que la cultura francesa en Quebec corre un riesgo que hasta el presente se desconocía; el peligro se refiere al coloso norteamericano, que inunda de publicidad a los quebecianos, sin desdeñar lo que representa la televisión norteamericana, ante cuyas pantallas se sitúa una aplastante mayoría de canadienses. Son los propios canadienses quienes deben resolver los problemas que afectan la coexistencia de dos porciones lingüísticas notoriamente desiguales. Ello no quiere decir que el problema canadiense no revista trascendencia internacional. La solución inspirada en el principio de la armonía dentro de la diversidad puede constituir un aleccionador ejemplo para este mundo posbélico, disperso, disconforme y a veces políticamente atomizado.

Es evidente que sobre el Canadá convergen dos influencias: una, de carácter centrípeto; otra, de tipo centrífugo. Las primeras deben referirse a un posible diálogo, encaminado al logro de la avenencia, entre la mayoría, anglófona, y la minoría, francófona. No se olvide que, políticamente, el Canadá puede considerarse como una nación llamada a vaciarse en un inmenso molde de proporciones continentales. Cuenta para ello con toda clase de adecuadas condiciones: su visión secular de las grandes distancias, una agricultura y una ganadería prósperas y ubérrimas, una creciente y ya poderosa industria, un subsuelo prodigamente provisto de riquezas minerales, una evidente ambición de grandeza y un impresionante dinamismo. Todo ello alberga un cúmulo de posibilidades y virtudes capaces de transformar al Canadá en una potencia construida a escala continental, y la magnitud de la empresa requiere la colaboración de todos los canadienses, sin excepción, y excluye la presencia de parroquialismos, que estimamos inadecuada, pero igualmente la absorción, indeseable, de una minoría que puede y debe actuar no con finalidades negativas, de inclinación secesionista, sino con el propósito de enriquecer el Canadá con la aportación del genio francés, y de ese modo acentuar armónicamente y con sentido de colaboración el hecho diferencial canadiense, tan deseable, sobre todo pensando en el peligro que representa para el gran dominio canadiense la presencia al sur—y en menor proporción al norte—de una masa humana próxima a los 200 millones de habitantes y que atraviesa por una etapa de acelerado dinamismo, pese a lo que representa, como desgaste, el hasta ahora callejón sin salida de la aventura estadounidense en tierras vietnamitas.

CAMILO BARCIA TRELLES.